

LA TRAGEDIA DE ALPATALACAL

Por

Arnoldo LUNA Aguayo

Capitán de corbeta, Armada de Chile



FUE conmemorado en la Comandancia en Jefe de la Armada el 7 de julio, un año más de la tragedia de Alpatacal, ocurrida en 1927 en la localidad del mismo nombre, a poca distancia de Mendoza, al amanecer del día mencionado y en la cual perdieron la vida cadetes de la Escuela militar y personal del Ejército que acompañaba el bagaje.

La Escuela Militar había compuesto una delegación encabezada por su Director, coronel don José María Barceló Lira, para dirigirse a Buenos Aires, en la vecina República Argentina, a fin de participar en los actos en los cuales se rendiría un homenaje al general don Bartolomé Mitre con motivo del aniversario de la proclamación de la independencia de esa nación hermana y al cual había sido invitada conjuntamente con otros Institutos militares de países sudamericanos. Esta delegación la completaban un batallón de presentación compuesto por dos compañías, con estandarte, banda de guerra e instrumental.

El viaje hasta Mendoza fue largo y fatigoso, empleando desde Santiago casi 20 horas en un tren especial. No obstante que el arribo a la trasandina ciudad fue al fi-

lo de la medianoche, en la estación se encontraban las autoridades militares de Cuyo y la población mendocina, quienes le tributaron un fraternal recibimiento.

Luego de abordar un tren especial de ferrocarriles argentinos, el convoy emprendió veloz marcha hacia Buenos Aires. Sea por fallas humanas o falta de señalización, este tren no se detuvo en la estación de Alpatacal, en donde embistió de frente a un tren de pasajeros detenido a la espera de vía libre hacia Mendoza.

El encuentro fue dantesco, las locomotoras saltaron de la vía arrastrando tras de sí los vagones, que se hacinaron convertidos en una masa informe de fierros retorcidos, maderas, camas, ropa y todo cuanto corresponde a un equipo militar, en medio de los cuales quedaron atrapados los infortunados cuerpos de parte de los integrantes de la Delegación Militar. Un brigadier escribía así en sus notas del Libro de Vida que llevaba: "Había ocurrido algo espantoso con la rapidez y la violencia del rayo; un ruido inmenso de gigantes de acero lanzados el uno contra el otro, de vidrios que se quiebran, de maderas que se vuelven astillas...".

Entre el caos indescriptible, la tragedia era aún más conmovedora por causa de

la obscuridad y el frío de la pampa en invierno. No obstante los inconvenientes, pronto los menos afectados se dieron a la tarea de rescatar a sus compañeros entre los escombros y darles la atención mínima que era posible en esas amargas circunstancias, haciendo gala de valor y abnegación. Provistos del indomable espíritu del soldado chileno, fueron poco a poco extrayendo los cuerpos de los infortunados que habían quedado atrapados, recurriendo al ingenio y habilidad para lograr su propósito, y todo esto contra el tiempo, puesto que un incendio, iniciado en las locomotoras, se extendía hacia los coches sin que hubiese posibilidad de extinguirlo.

Todo cuanto la imaginación humana pueda imaginar en escenas de dolor y tragedia podríamos incluirlo en el relato de Alpatal, partiendo por su propio Director, que quedara gravemente herido y lamentando la muerte de 3 cadetes y 7 hombres que componían el acompañamiento del bagaje.

Con las primeras luces del día empezó a llegar la ayuda y así se pudo trasladar los heridos más graves a Mendoza. Los menos graves y algunos leves regresaron a Chile. La mayor parte del equipo de presentación se perdió, como también los instrumentos de la banda.

No obstante lo sucedido, el Alto Mando del Ejército decidió que una compañía y la banda de guerra, en tenida de campaña, continuara viaje a Buenos Aires y cumpliera su presentación. Ella se hizo en medio de una triunfal recepción en que se entremezclaba el afecto y comprensión con los vítores a Chile y sus soldados. Un diario bonaerense escribió así el titular de la edición siguiente: "Bajo una lluvia de flores, el heroico resto de la brillante falange de soldados enviados por Chile, desfiló esta tarde por nuestras calles".

Así, un puñado de nuestros jóvenes militares, venciendo la adversidad y el dolor, dieron muestra una vez más del espíritu inquebrantable del chileno que, unido a su fortaleza moral y física, lo hacen sobreponerse a las contingencias de la vida, sea en la guerra como en la paz, llevando como consigna que la patria y su deber de soldado están por encima de todo.

En esta forma cumplieron la misión recibida el día de la despedida en Santiago, cuando el entonces Ministro de Guerra, general Bartolomé Blanche, le dijo a la delegación: "Señores jefes, oficiales, cadetes y personal de tropa: la nación espera que sabréis cumplir como buenos soldados vuestros deberes militares".

